

moteo y algunas sonrisas irónicas ó amigas. Cuando llegó á palacio estaba reunida la familia real, y fué recibido por el rey y la reina con todo el reconocimiento debido á su adhesión, pero con el sentimiento de la inutilidad del paso dado. Llegóse á temer que éste pudiese excitar otra nueva conmoción. Lafayette en esta circunstancia arriesgó no tan solamente su vida, sino también su popularidad. La reina entre tanto buscaba su salvación en una esfera más baja, porque entre los facciosos subalternos no faltaron otros nuevos Mirabeau, dispuestos á transigir con la monarquía, haciéndose pagar su defección á peso de oro. El de la lista civil circulaba profusamente en los clubs y en los arrabales. Danton, que dirigía con una mano á la juventud y al club de los Franciscanos, protegía con la otra las tramas secretas de la corte. Hombre temible para la una, hasta el extremo de que ésta comprase su connivencia, daba suelta al mismo tiempo á los otros para que confiaran en su demagogia, y haciendo traición á todos, se complacía al ver el doble poder de que estaba revestido, debido únicamente á su doble inmoralidad. De aquí aquellas terribles palabras de Danton que explican tan perfectamente la doble alternativa de su situación: «O salvaré al rey, ó le mataré».

La reina hizo avisar á Danton aquella noche que Lafayette, acompañado del rey, se proponía pasar una revista al día siguiente á los batallones de la guardia nacional mandados por Aclouque, arengándolos al propio tiempo é incitándolos á sublevarse contra la Gironda y los clubs. Danton avisó en seguida á Petion de lo que pasaba, y éste revocó la orden que había dado para la revista antes de que amaneciese. Lafayette pasó aquella noche en su palacio, custodiado por un destacamento de la guardia nacional; y afligido al ver que su plan había fracasado, emprendió su marcha para el ejército al día siguiente, aunque sin cejar en su propósito de atemorizar á los jacobinos y afianzar el trono constitucional. Desde luego, trató de conseguir por medio de comunicaciones lo que no había podido lograr estando en Paris, y al marcharse remitió una á la Asamblea en que al mismo tiempo que amenazaba enérgicamente á los facciosos, les daba consejos saludables y lecciones asaz osadas. No consintiendo los golpes de Estado de este hombre sino en comunicaciones que quedaban sobre la mesa del Congreso, se frustraban como era natural, porque únicamente con la espada en la mano es como un general puede hacerse temer de las facciones, de las cuales no se obtiene nunca otra cosa que lo que se les arranca con la punta de las bayonetas. Vergniaud, Brissot, Gensonné y Guadet oyeron la lectura de aquel documento dictatorial con la sonrisa del desprecio.

IV

Este viaje de Lafayette á Paris fué la única tentativa que hizo en toda su vida política para apoderarse de la dictadura. Su idea era generosa, grave el peligro á que se exponía, y nulos sus medios para llevarla á cabo. Viendo Lafayette lo mal que le había salido su intentona, trató de valerse de otros medios para salvar al rey y hacerle salir de incógnito de aquel mismo palacio donde había sido su *carcelero oficial* por espacio de dos años. Aunque éste fué desde entonces el único pensamiento que le agitaba, el plan que había concebido para salir con su intento era en un todo conforme al carácter de Lafayette. Consistía éste en mantener el equilibrio entre el pueblo y el rey, de suerte que ambas cosas se sostuviesen mu-

tuamente, para de este modo mantener una verdadera libertad entre los partidos. Ya hacía mucho tiempo que Mirabeau había vaticinado que ésta sería la política que siguiese su rival. «Desconfiad de Lafayette,—había dicho á la reina en una de las conferencias últimas que tuvo con aquella princesa;—si llega algún día á mandar el ejército, querrá guardar al rey en su tienda de campaña.» Lafayette por su parte no ocultaba aquella ambición de declararse y ser el protector de



Rouget de Lisle.

Luis XVI para poder dominarle á su sabor, y que no fuese en sus manos sino un instrumento que sirviese á engrandecerle. En la misma época en que se decidía á salvar la persona del rey, escribía á su confidente Lacombe las siguientes palabras: «En punto á libertad, no me fio del rey ni de nadie; y si él quisiese *echarlas de soberano*, me batiría contra él como en el año de 89. A no hacerlo así, daría motivo á que se hablase de mí con razón».

Entonces propuso al rey dos planes distintos para sacarle de Paris con toda su familia y llevárselo al ejército. El primero debía llevarse á cabo el día del aniversario de la confederación, que era el 14 de Julio. Según este plan, Lafayette volvería á Paris acompañado de Luckner, y ambos generales pondrían al lado del rey aquellas tropas que les inspirasen más confianza. Lafayette arengaría entonces

á los batallones de la guardia nacional en el Campo de Marte, el rey quedaria en completa libertad, y se le iria escoltando hasta que llegase al ejército. El segundo plan consistia en que las tropas de Lafayette hiciesen un paseo militar hasta llegar á veinte leguas de Compiègne. Desde aquel punto enviaria Lafayette á Compiègne dos regimientos de caballería de toda su confianza. Cuando esto sucediese, debia ya haber llegado á Paris el general para acompañar al rey á la Asamblea. Este declararia que iba á marchar á Compiègne en uso de las facultades que la Constitucion le concedia para residir á distancia de veinte leguas de la capital; mientras esto pasase, debia haber algunos destacamentos colocados de antemano por el general alrededor del salon, los cuales se encargarian de escoltar al rey y de proteger su salida, en el caso posible de que el pueblo tratase de impedirlo. Una vez que el rey estuviese en Compiègne, nada tenia que temer, porque contando con los regimientos que Lafayette habria dejado allí, nadie sería osado á atacarle. Verificado esto, el rey debia enviar una comunicacion á la Asamblea en la que renovase libre y espontáneamente su juramento á la Constitucion. Lafayette creia que esta sinceridad del rey sería lo suficiente para captarle todas las voluntades, y para afianzar el trono y consolidar la Constitucion. Dado este paso, Luis XVI debia volver á Paris, donde, segun el sentir de Lafayette, sería recibido en medio del alborozo y de las aclamaciones del pueblo. Tales sueños de restauracion, fundados en un cambio de opinion repentino y del cual no habia una probabilidad ni aun remota, no pueden ser considerados sino como unas quimeras. Son, sin embargo, muy honrosos para el que supo concebirlos, estando al mismo tiempo decidido á realizarlos si esto hubiese sido posible. Los planes de restauracion monárquica de Lafayette, Mirabeau y Barnave fueron todos muy parecidos; pero aquellos hombres, tan poderosos para la agresion, no consideraron que eran muy débiles para la defensa, en razon á que para destruir contaban con el apoyo del pueblo, y para reedificar no tenian otros recursos de que echar mano que su valor personal y sus virtudes.

Estos planes llegaron á discutirse; pero el rey, que, colocado en el centro del peligro, conocia mejor que ningun otro lo impracticable del remedio, desechó ambas combinaciones. Luis desconfiaba del arrepentimiento de aquellos hombres ambiciosos, que para salvarle tenian que contar con las mismas manos á las cuales creia deber su perdicion. El rey conocia ademas que, una vez establecido en el campamento de Lafayette, no haria sino cambiar de esclavitud. «Sabemos muy bien—decian los amigos de Luis XVI—que Lafayette salvará al rey, pero tambien sabemos que no hará nada por salvar la monarquía.»

La reina, señora de tanta firmeza como valor, tuvo á ménos implorar la proteccion y no quiso deber la vida al mismo hombre que tanto habia humillado su orgullo en épocas no muy lejanas. Entre todos los hombres de aquel tiempo, al que ella temia y odiaba más era á Lafayette, á quien miraba como el primer personaje de la revolucion. No cabe duda en que otros varios la habian amenazado y la amenazaban aún; pero Lafayette le era más sospechoso que todos ellos, hasta en los mismos planes que concebía para salvarla. María Antonieta preferia los peligros al envilecimiento, por cuya razon se negó á todo cuanto se le propuso por el general. Ademas, sus relaciones secretas con Danton la tranquilizaban. Tambien contribuía á que no temiese por sus dias ni por los del rey el ver que á pesar de los atroces insultos que les habia prodigado el populacho el 20 de Junio, sus vidas

habian sido respetadas. Por otra parte, estaba persuadida de tener en sus manos el hilo de la trama de toda conspiracion demagógica, porque así se lo hacian creer sus misteriosos agentes, de los cuales muchos la engañaban. De aquí tuvieron origen los rumores de soborno esparcidos entónces contra Robespierre, Santerre y Marat. No hacía mucho tiempo que habia entregado á Danton ciento cincuenta mil libras con objeto de asegurar y para atraerse á su favor con estas liberalidades el ascendiente que aquel orador ejercia en los arrabales. Hasta la misma madama Isábel contaba con Danton y se sonreia con complacencia á la vista de aquella imagen de la fuerza popular, decidida, segun creia, en favor de su hermano. «Nada tememos,—dijo en confianza á su amiga la marquesa de Raigecourt,— porque Danton es nuestro.» La reina, contestando á un ayudante de Lafayette que le hacía vivas instancias para que marchase á refugiarse entre las tropas que mandaba aquel general, le dijo: «Agradecemos mucho las intenciones de vuestro general, pero nada nos conviene tanto como estar encerrados tres meses en una torre».

Las palabras que acabamos de referir de estas dos señoras descubren el secreto abandono de las Tullerías sin la menor resistencia el 10 de Agosto, y el de la traslacion de la familia real á la torre del Temple. Danton sabia el modo de pensar de la reina sobre este particular, y esta señora contaba con Danton para aquella prision, que creia debia ser para el rey temporal, pasajera, y el único medio de salvacion. Tal era la ceguedad de la reina en aquella ocasion que, protector por protector, dió la preferencia á Danton sobre Lafayette.

V

Hasta los girondinos entraron en relaciones con la corte en la época de que vamos tratando. Pero si el patriotismo y la ambicion de los hombres de este partido se prestó á entablar semejantes relaciones, fué con el más generoso desinterés, y la nota de venales no recayó sobre ninguno de ellos. Guadet, que era indudablemente el orador á quien más debia temer la corte, rechazó con indignacion las brillantes ofertas que se le hicieron por ver de sobornarle. El desinterés de la antigua virtud republicana germinaba en los corazones de aquellos jóvenes, incapaces de transigir con su opinion por un vil interés. Se lograba seducirles por la gloria y moviéndolos á compasion, pero jamás por el oro.

A los veinte años era ya Guadet un célebre orador político. Su oposicion mordaz le hizo retardar mucho tiempo el admitir el título de abogado del parlamento de Burdeos, en donde se hizo notable más adelante por la elocuencia de sus discursos. Esta celebridad le dió á conocer del partido popular, que nombrándole diputado le arrancó de la vida privada y de los brazos de una jóven con quien acababa de casarse. El movimiento político le condujo hasta la tribuna nacional, y su palabra, aunque ménos floreada que la de Vergniaud, no era sin embargo ménos terrible. Tan honrado como aquél, aunque de carácter más áspero, se le admiraba ménos y se le temia más. El rey, que conocia el ascendiente de Guadet, trató de atraérsele por medio de la confianza, medio el más á propósito para seducir los corazones generosos. Los girondinos fluctuaban aún entre la monarquía constitucional y la república, y adictos á la democracia, estaban resueltos á servirla bajo aquella forma que les asegurase obtener más pronto la direccion de los negocios.

Guadet consintió en tener una entrevista secreta en las Tullerías, adonde se dirigió favorecido por las tinieblas de la noche. Fué introducido por una escalera secreta hasta una habitacion en la que le aguardaban el rey y la reina. La sencillez y la grande hombría de bien de Luis XVI triunfaban al momento de las prevenciones políticas de cuantos hombres de sana intencion se acercaban á hablarle. Acogió el rey á Guadet como á su última esperanza, y ademas de pintarle lo horroroso de su situacion como rey, trató de enternecerle como esposo y como padre. La reina derramó abundantes lágrimas delante del diputado, y la conversacion duró hasta muy entrada la noche. Pidiéronse y se dieron tambien allí varios consejos, de los cuales quizá no se siguió ninguno. En ambas partes reinaba la buena fe, pero en ninguna habia la constancia y resolucion que eran indispensables. Cuando Guadet pidió permiso para retirarse, la reina le dijo si queria ver al Delfín, y sin aguardar su respuesta, tomó ella misma una luz de encima de la chimenea, y condujo al diputado al gabinete en donde el jóven príncipe dormia tranquilamente. Los encantos de su fisonomía, la tranquilidad de su inocente sueño en medio de un palacio tan agitado, aquella madre, jóven aún y reina de Francia, que se escudaba, por decirlo así, con la inocencia de su hijo para mover á compasion á uno de los enemigos más declarados de la monarquía, enternecieron á Guadet. Separó éste con la mano los cabellos que cubrian la cara del Delfín, y le dió un beso en la frente sin despertarle. «Criadle para la libertad, señora,—dijo Guadet á la reina;— ésta es la única condicion de su existencia.» Al mismo tiempo volvió la cara á otro lado para ocultar algunas lágrimas que corrian por sus mejillas.

De esta manera, la naturaleza puede siempre más en el hombre que el espíritu de partido. Extraño espectáculo es el que el destino ofrece á la historia cuando la hace entrar en este aposento, en donde duerme un niño rey y que está alumbrado por una reina. Extraño tambien el ver en él aquel hombre que besa llorando la frente del regio niño, y que nueve meses despues es uno de los que le quitan la corona y entregan la vida de su padre al pueblo. ¡Qué abismo tan grande el de la suerte! ¡Qué noche tan oscura el porvenir! ¡Qué irrisión de la fortuna aquel beso de Guadet! Este salió de aquel cuarto tan conmovido como si hubiera previsto un lazo siniestro que se le tendía. El hombre sensible tenia miedo del hombre político. ¡Así es el hombre! ¡Cuánto mira por su vida!

LIBRO DIEZ Y OCHO.

Tercera comunicacion de Lafayette á la Asamblea.—Alarmas de los patriotas.—Robespierre se mantiene oculto en medio de los nuevos movimientos.—Mociones de Danton.—Lafayette acusado por la Asamblea.—El rey sanciona la suspension de Petion.—Irritacion de los partidos.—Vergniaud toma la palabra.—Carácter y costumbres de éste.—Su educacion.—Su retrato.—Sus discursos.—Carta de los jacobinos á los confederados redactada por Robespierre.—Danton provoca otra nueva peticion en el Campo de Marte.

I

Apénas llegó Lafayette al campamento, cuando por tercera vez volvió á dirigirse á la Asamblea, que oyó su escrito con la mayor indiferencia. «¡Me admiro—dijo Isnard—de que la Asamblea nacional no haya enviado á ese soldado faccioso desde su barra á Orleans!»

La lucha sostenida en los Jacobinos entre Robespierre y los del partido de la Gironda parecia un tanto amortiguada, y ya no rivalizaban sino en sus insultos contra la corte y en las amenazas continuas contra Lafayette. La explosion del 20 de Junio no habia apagado aquel foco de odio. La inaccion de los ejércitos, el peligro cada dia mayor en que se hallaban las fronteras, la actitud equívoca de Lafayette, la retirada de Luckner, á quien se creia cómplice suyo, y la aproximacion de tropas á Paris, fomentaban la ira y las alarmas de los patriotas. Robespierre seguia en su sistema de quedarse siempre á cierta distancia de todos los movimientos; no se comprometia con ninguno de los partidos extremos, y estaba absorto en las consideraciones generales de la causa pública. Observar, ilustrar y denunciar al pueblo todos los peligros que podian sobrevenirle, era el único papel que afectaba representar. Su popularidad era grande, pero fria y razonada como su papel. Los murmullos de los que le escuchaban impacientes interrumpian con frecuencia sus largas arengas en la tribuna de los Jacobinos, en donde devoraba impávido las más crueles humillaciones. Seguro su instinto de la volubilidad de la opinion, parecia revelarle de antemano que en aquel conflicto de movimientos contrarios y desordenados, el imperio sería al cabo del que permaneciese inmóvil y tuviese más paciencia.

Danton hizo unas mociones terribles en los Franciscanos y en los Jacobinos, y parecia que trataba de adquirir fuerza con el mismo escándalo de sus violencias contra la corte. De este modo ocultaba las inteligencias secretas que mantenía en palacio. «Me comprometo—decía—á aterrorizar á esa corte perversa. Ella no desplega tanta audacia sino porque nosotros hemos sido demasiado tímidos. La casa de Austria ha causado siempre las desdichas de Francia. Pedid una ley que obli-